

DETENIDOS DESAPARECIDOS



LADRÓN DE MARRAQUETAS

por sus dos mujeres, Irma y Erika

La puerta de la casa de Armando Portilla lleva inscrito su nombre en una placa de metal. En el antejardín de la vivienda, toma sol su esposa Irma junto a Erika, su hija mayor. La primera, añora esas películas de James Dean que iban a ver juntos; la segunda, tiene sobre su cama una muñeca rubia que él hubiera preferido mulata cuando se la regaló. Con Erika comía membrillos a escondidas, para que Irma no descubriera que habían machucado la fruta en la pared más sucia de la casa. Las dos le celebraban el porte y la gracia a Portilla. Adoraban esos chalecos sin mangas que se ponía y las rosas que cultivaba en el jardín. Y ambas se quedaron esperándolo un viernes 9 de diciembre de 1976 cuando Armando Portilla, dirigente sindical de ENDESA, ex ladrón de panes con mantequilla, ex militar y casi cura, salió de su casa para que nunca más le permitieran volver.

Nuestro Armando nació el 14 de junio de 1928, igual que el Che Guevara. Barría la casa como ninguna de las dos lo sabía hacer, porque no dejaba ni una pizca de tierra entre las tablas del piso. Teníamos las rosas más bellas de la Avenida Estrella. Y muchos gatos bien enseñados que hacían pichí en una caja con arena. Nuestra casa era igual como una que hizo Armando en una maqueta que Erika tenía que llevar al colegio. Hasta el baño le quedó parecido con una tapa de champú que le puso en vez de water. Se sacó un siete.

Cuando recién aparecieron los televisores por Pudahuel, una señora del barrio se compró uno y cobraba entrada para que los niños pudieran ver monitos animados. Los chiquillos que llegaban primero ocupaban la mejor corrida de asientos y otros, los más peleadores, pellizcaban a los que le tapaban la vista para no perder detalle de la programación. A Armando le cansó tanta pelea, así es que un día llegó con una tele en blanco y negro y la instaló en el living. Todos los pequeños se agolparon frente a la pantalla, se instalaron en los sillones y de allí nadie más los sacó.

Pero la historia viene de antes. Armando había conocido a Irma en el bus que venía a Santiago todos los fines de semana desde la hacienda Chacabuco. Ella estudiaba en el anexo Pedagógico de la capital y él operaba máquinas pesadas en un camino que construían en el campo. Cada vez que Irma se subía al bus, sentía unos ojos que se le clavaban en la espalda. Era Armando, que le tenía un asiento reservado para que se acomodara a su lado. Y de tanto avanzar kilómetros, juraron avanzar siempre juntos.

Así, el matrimonio partió a Rapel. Armando dirigía un club deportivo y tenía fama de hacer los mejores huevos a la ostra de la región. Inventó campeonatos de tejo, dominó y brisca para deleite de los vecinos. Mientras tanto, Irma calentaba su hogar con pan amasado. Y sus pequeños hijos derretían ansiosos la mantequilla en el corazón de la masa para luego cerrar los ojos cuando el bocado caía garganta abajo. En eso estaban, cuando llegó Armando y al ver la escena, les contó la mejor historia que habían oído jamás:

-Yo robaba panes con mantequilla.

-¿...?

-Sí, yo le robé a mi padre, que era un español muy brusco y autoritario con los trabajadores que tenía a su cargo. Y para remediar los malos tratos, repartía el pan de la familia untado con pencones de mantequilla. Los hombres se relamían de gusto. Y para enderezar mi conducta, me inscribió en el servicio militar, pero no le bastó, porque después de egresar me metió al seminario, desde donde me arranqué para definitivo desprecio de mi padre, que, desde ese momento, adoró a Franco con más ímpetu que nunca. Desde ese día los panes con mantequilla se convirtieron en el manjar más exquisito de la faz de la tierra.

SABÍA USTED QUE: ...Bombal hace caca beige